

evidente, pero en nada prueba que tal aumento de espanto fuese necesario, y que el gobierno no hubiese tenido por la justicia regular los medios suficientes para imponer la obediencia. ¿Es cierto que este abominable régimen preparó la Francia á la libertad? Los hechos prueban que la preparó más bien para sufrir un yugo: ese régimen obligó á las cabezas á inclinarse, pero degradando los espíritus y corrompiendo los corazones.

Hay que insistir sobre los sofismas de monsieur Thiers y sus discípulos, inspirados por el Terror, para explicar primero, para excusar y justificar despues, la suspension de toda libertad. La Revolucion es una batalla, decia Robespierre y repiten sus apologistas. No, responde Chateaubriand, la comparacion es defectuosa. Sobre un campo de batalla hay lucha; se puede morir, pero tambien matar, al paso que el verdugo combate sin peligro, puesto que empuña la cuchilla contra un enemigo agarrotado. Nunca se ha llamado duelo lo que medió entre la jóven de Verdun y el verdugo. El ladrón que me acecha en un recodo del monte, por lo ménos arriesga su vida contra la mia; pero el revolucionario que envía á la plaza del suplicio carretadas de mujeres, ¿qué arriesga contra estos débiles adversarios?

¡La necesidad de las circunstancias! Tal es la frase hueca con la cual se pretende borrar las huellas de la sangre que mancha á los hombres del Terror. Esta necesidad que se invoca sólo una cosa prueba, que la conciencia general estaba viciada á fuerza de contemplar la violacion constante del derecho. Si tuviésemos una sombra siquiera de sentido moral, jamas nos hubiese ocurrido pensar que el crimen fuera útil y la injusticia necesaria. No digamos, continúa Chateaubriand, que si en las revoluciones no hubiera perecido tal hombre inocente ó ilustre, ese hombre habría detenido su curso, y que no debe sacrificarse la patria á un individuo. Supongamos que ese hombre de genio ó de virtud hubiera alcanzado á contener el movimiento; ¿cuánto más no lo retardan el crimen ó la injusticia! No se salva la libertad matándola, ni se enseña á los hombres á ser libres habituándolos á plegarse ante la fuerza, aunque sea criminal.

No, si se separa la verdad moral de las acciones humanas; si se despoja de la moral á la política, y si estas máximas funestas se arraigan en la conciencia, sólo se preparan generaciones de co-

bardes y de egoistas; ¿qué les importa la libertad? Una cosa sola les preocupa, su interes, y siempre hay medios para salvar el interes, á través de todas las vicisitudes de la fuerza. Un poeta popular ha ridiculizado semejantes principios al presentar á Payaso saltando por todo el mundo. Basta tornar los ojos al sol naciente y unirse siempre al partido triunfante. Imaginaos una nacion imbuida por estos sentimientos degradados; ¿quedará entónces alguna esperanza á los amigos de la libertad? No, en el mundo político no reinará otra ley que la fuerza, ni en el órden moral otra regla que el interes del momento. Semejante sociedad marcharía á una muerte cierta, pero muerte vergonzosa, muerte de podredumbre (1).

## IV.

Fáltanos aún seguir al fatalismo de la fuerza hasta su última consecuencia, acaso lamás afflictiva, pero tambien la más eficaz para abrir los ojos á los ciegos. La Revolucion se convirtió en patrimonio de un soldado de genio, que embriagó á una nacion ávida de gloria. ¿Y qué fué de la libertad? Pretenden algunos que Napoleon preparó el reinado de la libertad, matando la que á Francia le restaba. Si fuera así, habría que convenir en que hizo precisamente lo contrario de lo que se propuso hacer, sirviendo de instrumento; pero ¿de quién ó de qué? Uno de los órganos más serios de la democracia va á responder á esta cuestion: "Los grandes hombres, dice Luis Blanc, no son más que los *servidores ciegos* de una fuerza invisible que les confía, aunque sin revelárselos, el cumplimiento de los más vastos designios," (2). ¿Qué significa esta fuerza invisible? Supongamos que sea la Providencia; en tal caso, los grandes hombres se reducirían á instrumentos en las manos de Dios. Esto mismo nos lo ha dicho Bossuet, con la diferencia de ser más franca la escuela democrática, puesto que niega abiertamente la libertad á los que la *fuerza invisible* elige por ejecutores de sus designios. Luis Blanc confiesa que el vulgo de los hombres es libre, pero niega esta condicion á aquellos otros que dejan profundas huellas en el mundo: "Como no

(1) CHATEAUBRIAND, *Estudios ó Discursos históricos*, tomo I. Prefacio.

(2) LUIS BLANC, *El Nuevo Mundo*, diario histórico y político, número 2, 15 Agosto 1849.

pueden dar un paso sin empujar hácia adelante á algun pueblo, dependiendo de su existencia la de un gran número de hombres, se hace difícil creer que saquen de sí mismos el impulso que en torno suyo imprimen. Este impulso viene de arriba.,

Si semejante concepcion fuera particular de un escritor, no valdría la pena de combatirla. Es tan absurda, que no se comprende cómo ha podido escribir la un hombre de buen sentido. Bossuet dice que los conquistadores son instrumentos en manos de la Providencia, y procura abatir al hombre, para dejar á Dios únicamente reinar. Esto se comprende. Mas la escuela democrática no tiene empeño, que sepamos, en humillar á los pueblos á fin de someterlos á un vicario de Dios sobre la tierra. Así mantiene la libertad para las masas, negándola solamente á los hombres predestinados que las guían, y en esto está el absurdo. ¡Cómo! ¡La libertad, el más noble dón de Dios, la facultad sin cuyo auxilio el hombre no vive, será legado del vulgo y se verán de ella privados los elegidos! ¿No crece la libertad á medida que la inteligencia y el alma se elevan? Si carecen de libertad los conductores de la humanidad, aquélla se reduce á una palabra vana aún para los mismos á quienes se les deja en apariencia. Exclamemos con el profeta: ¡Ciegos, lazarillos de ciegos! Los grandes hombres cumplen destinos que desconocen, ¡y se pretende que la multitud que los obedece sepa más que ellos! Todos acatan, pues, como ciegos, la *fuerza invisible* que, á pesar suyo, los arrastra á un destino que no comprenden. Estamos en pleno fatalismo.

No sabemos si Luis Blanc se propone ensalzar ó abatir á los grandes hombres; en todo caso ha contribuido á propagar en la nacion francesa el culto de Napoleon. El emperador es el heredero de la Revolucion y el continuador de su obra. Sus maravillosas victorias son una necesidad providencial. El movimiento del 89 hubiera resultado incompleto sin el emperador; él es el hombre de la Providencia, el salvador, el Mesías. En otro lugar hemos expuesto la marcha ascendente del culto idolátrico que la Francia consagra á Napoleon (1). Es esta la última manifestacion del fatalismo de la fuerza; lo que á nuestra vista pasa nos enseña lo que la libertad gana. Si fuera cierto que

(1) Véase la parte decimaquinta de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

los grandes hombres sean los servidores ciegos de una fuerza invisible, la moralidad desaparecería de la historia y la libertad del mundo. No fué Napoleon, sino la fuerza invisible que le empujaba, quien produjo el 18 brumario. No fué el emperador, sino la fuerza invisible que le arrastraba y le dominaba, quien entregó el duque de Enghien á una comision militar para enviarlo á la muerte. No es el hombre de guerra, sino la misma fuerza invisible, quien imprime la huella de sus botas en la frente de los reyes. No le acuseis de haber atropellado los derechos de las naciones ni de haber empleado la fuerza y la perfidia para lograr sus fines. ¿Sabía acaso lo que se hacía ni el objeto adonde se encaminaba? Quiso dominar la España y la emancipó. Era déspota y derramó la libertad á manos llenas. Detestaba á los demócratas y preparó el advenimiento de la democracia. En definitiva, Napoleon es la encarnacion de la fatalidad ciega. Cuando Luis Blanc escribió esta teoria del fatalismo, la Francia acababa de restablecer la república, y el historiador podía creer que el imperio había preparado el imperio de la libertad. Dos años más tarde, el heredero del nombre de Napoleon mata la república y la Francia lo aclama; millones de votos vienen á legitimar el golpe de Estado que restablece el imperio. ¿Preguntarémos ahora si el reinado del nuevo emperador es el reinado de la libertad? ¡Desdichados los pueblos que se entregan á uno de esos hombres que se dicen los semi-dioses de una fuerza invisible! Estos hombres-Providencia, estos salvadores, no los salvan sino á costa de todo lo que el hombre tiene de más querido, á costa de su libertad.

No acusemos á los salvadores; los pueblos son todavía más culpables que ellos. El despotismo es una triste necesidad cuando se han roto todos los lazos sociales. Cuando un pueblo no quiere salvarse á sí mismo, es preciso que la fuerza venga á salvarle. ¿En qué consiste que una gran nacion no encuentre en sí misma el poder de conquistar su salud? En que el fatalismo de la fuerza reina desde hace muchos siglos en su seno, y en que este fatalismo enerva las inteligencias y envilece las almas. No hay más que un medio para animarlas: destruir la fuerza del mundo y de la historia para reemplazarla por Dios. No, esa *fuerza invisible* que se supone nos inspira, que arrastra á los grandes hombres y con ellos á la humanidad, no es el Dios que

el género humano adora. La Providencia no emplea los golpes de Estado, ni el crimen, la violencia ó la traicion para realizar sus designios. Un Dios semejante causa horror, no es Dios. Tal es la consecuencia funesta del fatalismo que deploramos. Al desterrar á Dios del mundo y de la historia no se tiene en cuenta que, faltos de Dios, falta á los hombres el principio de vida. Hay que mostrarles á Dios en la historia para que lo sientan tambien dentro de sí mismos; pero no un Dios que proceda como el destino ciego, sino un Dios-Providencia que educa al género humano; no un Dios que destruya nuestra libertad, sino un Dios que le da continuamente nuevas fuerzas. La verdadera filosofía de la historia es una demostracion de Dios. Pero esconde todavía un escollo esta concepcion: al demostrar á Dios en el mundo, hay que evitar confundirle con el mundo. No vale la pena librarse de la fatalidad para caer en el fatalismo.

#### § VI.—El fatalismo panteista.—Hegel.

##### I.

La filosofía de la historia se liga íntimamente con la concepcion de Dios y se resume en dos ideas: el gobierno providencial y el progreso. Éste supone un Dios que vive en nosotros, pero sin confundirse con nosotros, y que llamamos el Dios inmanente para distinguirlo del Dios de los ortodoxos, que vive fuera del mundo y no interviene en él sino por la vía milagrosa. Pero la inmanencia de Dios ¿no es sinónimo de panteísmo? Los panteístas adoptan la palabra; falta saber si le prestan el mismo sentido que nosotros le prestamos. El panteísmo niega ó destruye la individualidad humana, al paso que nuestra más firme creencia es la existencia infinita y progresiva del hombre. En la doctrina del panteísmo no cabe la filosofía de la historia; habría contradicción lógica en hablar de un gobierno providencial, cuando la idea de Providencia implica un Dios personal, es decir, un Dios con conciencia de sí mismo y dirigiendo con conciencia la educación del género humano. En cuanto al progreso, no se concibe para el individuo sin una existencia infinita, distinta de Dios y manifestándose libremente. El panteísmo, por el contrario, absorbe al hombre en Dios, le quita su li-

bertad, y despoja al mismo Dios de la personalidad, y, por tanto, de la libertad.

Este reproche ¿va dirigido á un filósofo ilustre cuyo nombre hemos inscrito entre los fatalistas? Es difícil pronunciar sobre Hegel un juicio absoluto. Sabido es que, después de su muerte, su escuela se dividió en partidos enemigos; hubo entre ellos ortodoxos que pretendieron que la doctrina de su maestro era idéntica al cristianismo tradicional, convirtiendo la filosofía en una segunda edición del catecismo. Otro partido, también extremo, negó á Dios y la libertad individual, dejando tan sólo á la humanidad subsistente. Los ateos ó panteístas puros pretendían que su doctrina era la del maestro. ¡Singular contradicción! ¿Cómo puede ser el mismo pensador á la vez ortodoxo y ateo ó panteísta? Párecenos que esto prueba una cosa cuando menos, y es que falta á la doctrina de Hegel claridad y precisión; acaso debiera decirse que á su autor le faltó aliento y franqueza. Lo cierto es que continuamente encontramos en él ideas contradictorias: tan pronto se le creía partidario del gobierno providencial y del progreso como fatalista decidido. La impresión definitiva que queda es que el filósofo alemán es panteísta, y que Dios, la libertad y el progreso no son para él lo que para los que creen en un Dios consciente y en una vida infinita del individuo.

Hegel ha escrito una filosofía de la historia. Parte del principio que la razón gobierna al mundo. Este principio también es el nuestro, pero falta ver cuál es el sentido en que él lo toma. Los ateos mismos reconocen que las leyes racionales rigen á la naturaleza y al hombre; y el ateísmo es la negación más radical de la teoría que ve á Dios en la humanidad y en la historia. La razón á que atribuye Hegel el gobierno del mundo ¿es la Providencia divina? En apariencia, sí. El filósofo alemán rechaza el azar en la historia, y le reemplaza con la idea que tiene conciencia de sí misma. Hé aquí el Dios que llamamos personal, no porque se parezca á las personas humanas, sino porque tiene conciencia de lo que hace. La razón que gobierna al mundo no es, por tanto, un sistema de leyes que presiden lo mismo al destino de los pueblos que al movimiento de los astros, es una Providencia. El nombre es de Hegel, y añade la profunda frase: que la historia es una teodicea y la justificación de Dios. Hay un designio de Dios en la vida de la

humanidad, y la Providencia lo persigue, no ocupando el lugar de los hombres, no destruyendo su libertad, sino haciendo servir sus intereses particulares y sus pasiones egoístas para el bien general. En este sentido se puede decir que la historia es la obra de Dios. Hegel termina su *Filosofía de la historia* con estas palabras que los adoradores del Dios inmanente pueden suscribir: "La historia justifica á Dios, demostrando que se manifiesta en la vida humana; no solamente sin Dios nada se hace, sino que cuanto se hace es obra suya," (1).

Al mismo tiempo escribe Hegel que la historia es el desenvolvimiento de la idea de libertad. La libertad, dice, es la esencia del espíritu humano. En el mundo oriental no hay más que un sér libre, el déspota; los pueblos son cosas. En las ciudades griegas y en Roma, los ciudadanos son libres, pero á condición de abandonar el trabajo material á los esclavos. El hombre no ha sido realmente libre sino por virtud del cristianismo y de las razas germánicas. Esto implica que la libertad se desenvuelve progresivamente. Hegel lo dice (2). El progreso es, pues, una ley de la humanidad, como lo es el gobierno providencial. Hé aquí las bases de la filosofía de la historia. Seguir en la historia el progreso y el plan divino que en ella se realiza, tal es la misión del historiador y lo que hemos ensayado en el curso de estos Estudios. Estamos de acuerdo en apariencia con Hegel. ¿Quiere esto decir que seamos panteístas ó que Hegel no lo sea? Entendámonos. Las palabras nada dicen por sí mismas, todo depende del sentido que se les preste. Preguntemos á Hegel por la aplicación que hace de sus principios. Aquí el cuadro cambia por completo; el progreso se traduce en inmovilidad y la justificación de Dios en la de todo cuanto existe. En este optimismo universal, la noción del deber moral se debilita hasta el punto de no distinguir el bien del mal, y la responsabilidad humana se disipa; queda un nuevo fatalismo, á pesar de las palabras libertad, Dios y progreso que el filósofo conserva, sin más valor que el de palabras.

##### II.

Véase la fórmula que resume la filosofía de la historia de Hegel: "Todo lo que es racional es real,

(1) HEGEL, *Philosophie der Geschichte*, p. 12-17, p. 547 (segunda edición).

(2) "Die Weltgeschichte ist der Fortschritt im Bewusstsein der Freiheit" (HEGEL, *Philosophie der Geschichte*, p. 24).

todo lo que es real es racional," (1). ¿No es esto elevar la realidad, con sus errores, sus imperfecciones y sus miserias, á la altura de un ideal de verdad? Este ideal se asemeja más al infierno del Dante, donde no cabe ninguna esperanza, que á la vida de la humanidad, si ésta ha de ser progresiva, y si Dios, la perfección misma, preside á su educación. Los hombres no han visto nunca en el mundo real la encarnación de la idea; por el contrario, lo que les choca es la distancia infinita que media entre lo que existe y lo que pudiera ó debiera existir. Al mismo tiempo experimentan una necesidad imperiosa, indestructible de ver el ideal realizado en la tierra; mientras la idea del progreso les ha faltado, colocaron ese tipo de perfección en un pasado imaginario; pero desde el punto que la creencia de la perfectibilidad humana les ha inspirado esperanzas infinitas, se han dicho que la edad de oro no la dejábamos atrás, sino que era preciso buscarla en el porvenir. En realidad no hay edad de oro; lo que hay es progreso incesante, infinito, dentro de los límites de la imperfección que la criatura humana no puede rebasar. De aquí una aspiración incesante hácia el mejoramiento de los individuos y de la sociedad; de aquí también un legítimo descontento del estado actual del mundo. Sin esta inquietud continua, el progreso no se realizaría jamás ni los hombres pensarían en modificar su condición presente. Hegel condena esta solicitud de ideal, permitiéndola únicamente á los poetas; el filósofo debe buscar, no el bien que pudiera existir, sino el que existe realmente. Si lo hace así, encontrará que "el mundo real es lo que debe ser." Y ¿cómo había de ser de otra suerte? Dios ¿no gobierna todas las cosas? Y ¿no es Dios la bondad y la verdad en esencia? ¿Quién le puede contradecir el poder de realizarse? Luego todo lo que existe debe ser, y es realmente, bien (2).

Si fuera así, el progreso se convertiría en una palabra vacía de sentido. Precisamente, dice Hegel, porque no comprendemos lo que existe, soñamos cambios incesantes. Si, en lugar de vivir en el porvenir, investigáramos la razón de las cosas, encontraríamos que existe la verdad en el dominio del derecho, de la moral y del Estado; que es muy vieja, y que basta estudiar las leyes, las instituciones y las religiones para descubrirla. Jamás se

(1) HEGEL, *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, p. 17.

(2) HEGEL, *Philosophie der Geschichte*, p. 43 y siguientes.